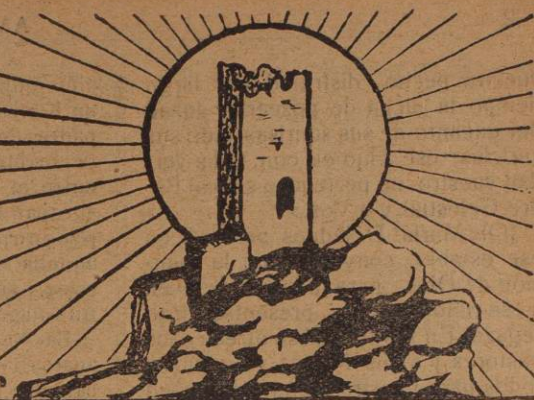


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año V

Alhama de Murcia, Martes 25 de Diciembre 1928

Núm. 118

El Pesebre de Belén

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

Ved aquí estas palabras del Evangelista San Juan que en su laconismo admirable nos describen la Encarnación del Hijo de Dios, principio de sus humillaciones y misterio escondido como le llama el Apóstol de las gentes.

Misterio de los misterios, ante el cual, nuestra mente anonadada doblamos reverentes las rodillas para adorar los designios inexcusables del altísimo.

Misterio de caridad y de amor, pues de tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo.

¡Dios hecho hombre! ¿Habrá dignación mayor? Pasmaos ¡Oh, Cielos! Vuestro Rey, dejará su trono refulgente, para vivir con nosotros, en este oscuro y triste valle. ¡Oh hombre! Humíllate, prostérnate ante ese Divino infante que ves recostado en el pesebre de Belén. Es un niño, pero a través de sus tiernos y delicados miembros, la fe te hace vislumbrar fulgores eternos. Tan pequeño, y allí está encerrada la grandeza de Dios. Tan débil, y allí se encierra la Omnipotencia del altísimo. Tan pobre, y allí están encerrados los tesoros de la gloria.

¿Y por qué tan pequeño, tan débil y tan pobre? ¡Ah! Viene así, para curarte, para engrandecerte,

para elevarte y para divinizarte. Desciende hasta ti, para que tú te levantes y te eleves hacia Él.

Se ha despojado de los resplandores de su majestad y su gloria, para colmarte de sus dones, para vivir contigo y para que tú vivas su misma vida.

¡Oh Señor! ¿Por qué te anonadas, por qué te humillas, por qué bajas hasta mí, pobre criatura tuya? ¿Qué has visto en mí, para que así me honres? ¿Quién es el

hombre para que así lo engrandezcas?—exclamaré con el Real Profeta.

Penetremos con reverencia en el establo de Belén y allí veremos al Divino Niño, en los brazos de María, su madre, como en el trono de su gloria. Allí, con ella, quiere recibir las primeras adoraciones de los pastores y los Magos, porque así también habían de estar entrelazados, durante el transcurso de los siglos, el culto del Hijo de Dios con el de su Santísima Madre.

¿Qué pasaría por el corazón de la Virgen Madre, cuando después de darle a luz sin menoscabo de su Virginidad, contemplase aquel recién nacido Niño, en cuyo rostro desearan verse los ángeles? ¿Cómo lo estrecharía entre sus brazos, y qué trasportes de amor embargarían su corazón? ¿Cómo se postraría ante Él reclinado en el pesebre, para rendirle el homenaje de su adoración, como a su hijo y como a su Dios!

«¿Qué madre,—exclama el Beato Canisio,—ha saludado jamás con tan grande gozo el nacimiento de su hijo? ¿Cuál ha sentido como María la necesidad de amarlo?»

«Es que Ella conocía de un modo maravilloso las incomparables perfec-

ciones de este Hijo, infinitamente superior en dignidad, no solo a todos los demás niños, sino también a cuantas criaturas están llamadas a existir.»

«¡Qué vivos ardores debían inflamar su noble corazón! ¡Con qué éxtasis de felicidad debió acoger este tesoro de la bondad suprema!»

«¡Oh Virgen amabilísima! Cubrid de vuestros besos a ese divino infante vuestro Hijo, estrechadlo contra



¡LA MADRE MIRA EN ÉL!

